II.

Disposiciones del general Gasset.—Las guerrillas reaccionarias se acercan á México.—Llegan los franceses é ingleses.—Dificultades con que tropiezan.—Los españoles acampan fuera de Veracruz.—Rivalidades entre los aliados.—Primera proclama de La Gravière.—Llegada del general Prim.—Felicitaciones y proclamas.—Antecedentes de Prim.—Por qué se le apreciaba aquí.—Calificación que hizo de los representantes de España en México.—Su opinión sobre los créditos fraudulentos.—Prim cae en algunas contradicciones.—Banquete que ofreció en Veracruz.—Retírase Gasset.—La proclama de los aliados.—Observaciones de Prim.—Deserción de españoles.—Riñas entre éstos y los franceses.—Nuevos esfuerzos de la reacción.—Disposiciones del jefe Menduiña.—La nota colectiva.—Confusión de ideas en los aliados.—Prim quiere restablecer el Ayuntamiento en Veracruz.—Zaragoza acampa en la Soledad.—Conferencia entre Uraga y los comisarios.—Ofertas de Saligny.—Nota dirigida al Presidente Juárez.—Divergencia entre los aliados.—Los tres *ultimátums*.—Fortificación del Chiquihuite.—Pasa á Veracruz el Sr. Zamacona.—Los comisarios rehusan reembarcarse.—Intrigas de Saligny contra Prim y Wyke.—Opinión de Dunlop contra la monarquía en México.—Impide el desembarco de Miramón.—Francia resuelve aumentar sus tropas expedicionarias.—Esto desagrada á Inglaterra.—Discurso de Napoleón.—Los franceses se proveen de efectos en Nueva-York.—Opinión de Mr. Seward.—Disgústase el representante de México en Washington.

El espíritu inquieto del jefe español Gasset y la necesidad de proporcionarse víveres, le impulsaron á verificar una salida de Veracruz con seiscientos hombres sobre las guerrillas que recorrían los alrededores, mandadas por el jefe Cenobio; se dirigieron los españoles hacia la Antigua y tuvieron algunas bajas, en muertos, heridos y dispersos, en los encuentros sostenidos con los jarochos; dispuso también la salida de tropas para Antón-Lizardo y por el camino de Medellín. Las guerrillas se aproximaron hasta las puertas de la plaza que constantemente hostilizaban. El contingente español tuvo muchas pérdidas por enfermedades y algunas por deserciones, venía armado con carabinas Minié y la caballería con lanza, espada y pistola.

Por esos días fuerzas reaccionarias de consideración se acercaban á México, atacando á Tlalnepantla; el Presidente Juárez declaraba al Estado de Puebla nuevamente en sitio, dando el mando militar al general D. José María González Mendoza y por segundo nombró al Sr. Miguel Cástulo Alatriste; también estaban declarados en sitio los Estados de Tamaulipas, San Luis y Veracruz, encomendando á Vidaurri el mando del primero y á González Ortega el de San Luis; de Tampico salieron desterrados más de doscientos españoles; el general Uraga procedió en todo con actividad y recorría las poblaciones preparando la defensa. Para ponerse á cubierto de un golpe de audacia que dieran los españoles, en las tierras templadas se levantaron fortificaciones en los dos caminos que unen á Veracruz con la mesa central, y para proporcionarse víveres fueron declarados libres de derechos los efectos destinados á la proveeduría del ejército.

La división naval francesa, mandada por el almirante Jurien, llegó frente á Veracruz el 7 de Enero. El día 9 desembarcaron los zuavos, los destacamentos de artillería é ingenieros y los marinos fusileros. El general Gasset puso á disposición del jefe francés algunos de los cuarteles ocupados por los españoles, que en parte fueron á acampar fuera de la ciudad. Las compañías de infantería de marina quedaron provisionalmente á bordo de los buques esperando acuartelarse en tierra. Faltaban á los franceses á tal grado los medios de trasporte y las provisiones, que D. Antonio L. de Santa-Anna, al ver pasar por San Thomas los primeros efectivos de ese ejército, había exclamado; "¿Qué se imaginan los europeos? ¿creen que los mexicanos están armados aún con flechas y macanas?"

Luego que llegaron á Veracruz las escuadras inglesa y francesa, salieron á acampar en Malibrán los españoles que ocupaban la plaza de Veracruz, recibiendo á la vez la orden de avanzar hasta la Tejería, Medellín y Santa Fe; flotaba en Veracruz el pabellón mexicano, como queriendo demostrar los aliados que reconocían la independencia de México. Los buques ingleses eran notables por su tamaño y solidez: el "Nile" llevaba la bandera de Sir Alejandro Milne, el "Conqueror" y el "Donegal" eran de cien cañones con dos cubiertas, y la fragata "Phaeton" de cincuenta y un cañones. El príncipe Alfredo, hijo de la reina Victoria, llegó á bordo del navío "Saint-George," en calidad de guardia marina.

El mismo día en que se firmó el tratado de Londres, dió orden lord Russell para que el contingente inglés sólo se compusiera de dos navíos de línea, cuatro fragatas y algunos buques menores, llevando á bordo un cuerpo supernumerario de seiscientos soldados de marina, para desembarcarlos en donde fuera conveniente. El 4 de Diciembre quedaba reducida la fuerza á la mitad. Lord Russell decía al conde de Cowley y á Sir John Crampton: "en el estado de nuestras relaciones con los Estados-Unidos, el gobierno de S. M. se propone enviar solamente un navío de línea y dos fragatas que formarán parte de la expedición á México." El 15 de Noviembre (1861), aun antes de que el contingente británico saliera de Inglaterra, prevenía lord Russell á Sir Charles Wyke, no permitiera que los soldados de marina de desembarco, tomaran parte en las operaciones contra la ciudad de México. Los seiscientos soldados de marina, no podrían ocuparse sino por poco tiempo en el servicio de tierra, y ni la organización de esa fuerza, ni su número permitían que se empleara en una marcha sobre México. El 26 de Febrero de 1862, prevenía el secretario del Almirantazgo al Comandante Dunlop, que removiera de Veracruz la fuerza de marina, poniéndola á bordo de los buques de guerra ó situándola en Jalapa, y se resolvió que se hiciera lo primero. El 12 del siguiente Marzo, previno el Almirantazgo á Sir A. Milne, que enviara á las Bermudas en la primera oportunidad, la fuerza de marina que había desembarcado en México, dejando en Veracruz la naval suficiente para la protección de las personas y propiedades británicas. Esta determinación había sido adoptada desde antes por el comodoro Dunlop y Sir Charles Wyke, con lo cual no quedó fuerza alguna de desembarco en el contingente británico.

Francia sacó de Argelia las tropas que mandó á Veracruz, no veía bien que España se hubiera anticipado y tomado posesión de Veracruz, aunque sobre esto no estaba clara la Convención de Londres, que únicamente dejaba al arbitrio de los

comandantes de las fuerzas aliadas avanzar hacia el Interior de la República. Los aliados tropezaron con dificultades mayores que las que se habían figurado, en Veracruz se encontraban bloqueados por el lado de tierra, sin poder conseguir provisiones, aun ni leche, carne ó verduras y obligados á esperar de la Habana y de Europa, los artículos de uso más común; era difícil que pudieran cubrir las bajas que la muerte y las enfermedades hicieron sufrir al cuerpo expedicionario, habiendo ya quinientos enfermos entre los ocho mil soldados españoles y franceses.

Ondeaban en Veracruz las tres banderas, ocupando la de Francia el centro, Inglaterra la derecha y España la izquierda. Mientras que se anunciaba la llegada de fuerzas francesas y se esperaba que aumentase el contingente español, nada se decía de los ingleses, pues ni un solo soldado de éstos se había alojado en Veracruz, y esto causaba mayor extrañeza cuando en el discurso del presidente del congreso mexicano era señalada Inglaterra, casi como la única autora de las dificultades en que se encontraba México, y sorprendía que el ministro británico hubiera propuesto poner el sello de su gobierno, á los bonos que como seguridad del pago de su deuda habían sido emitidos, quedando sin valor la firma del ministro de Hacienda de México, hasta que no la autorizara el agente de los acreedores ingleses.

El contingente naval francés se componía, en 24 de Enero, del "Massena." con fuerza de novecientos caballos y noventa cañones, "L'Ardent," de ochocientos caballos y cincuenta y seis cañones, "La Guerrière," "La Foudre," "L'Astrée," "Moctezuma," "Bertholet," "Lavoisier," "Chaptal," "Marceau," "Grevadi," "Aube," "Meuse," "Sevre," formando un total de catorce buques de vapor, con una fuerza de seis mil caballos, trescientos treinta cañones y cinco mil marineros que agregados á los dos mil seiscientos desembarcados, elevaban el contingente francés á cerca de nueve mil hombres, cifras que indicaban el papel que la Francia se proponía representar en la próxima campaña.

El comandante La Gravière, á bordo del "Massena" en la bahía de Tenerife, había dirigido á los marinos y soldados una proclama el 23 de Noviembre de 1861; les recordaba que no solamente venían como la otra escuadra en 1838, á pedir reparación de numerosos y recientes agravios, sino á obtener seguridad para su comercio y garantías para la existencia de sus conciudadanos. No abrigaban enemistad contra el pueblo mexicano; pero impotentes aquí los gobiernos, no podrían dar seguridad á los extranjeros; el verdadero enemigo en México era la anarquía y con esta era inútil tratar. Aseguró á sus subordinados que en México mismo contarían pronto con la buena voluntad de todos los hombres honrados, y les recomendaba que dieran al pueblo ejemplo de orden y disciplina y le hicieran envidiar la prosperidad y la paz que los franceses disfrutaban; entonces podrían repetir con orgullo, estas palabras del Emperador: "Donde quiera que se muestra la bandera de la Francia, una causa justa la precede, y un gran pueblo la sigue."

Descontentos y virtualmente sitiados, llegaron á reñir franceses y españoles y á consecuencia del alboroto se pensó en trasportar á Tampico á los franceses y en dejar á Matamoros para los ingleses; también tenían diferencias por

las posiciones que habían de ocupar las banderas, que ya se habían cambiado por tres veces, y por el lugar en que debían aparecer las firmas en las proclamas y otros documentos públicos. Apenas salían de Veracruz algunas fuerzas para efectuar reconocimientos y proporcionarse víveres, al momento eran atacadas y obligadas á retroceder; al llegar á los desfiladeros y puntos estratégicos, habrían de encontrarlos ocupados por tropas veteranas fogueadas en las guerras civiles y al mando de los mejores generales republicanos; los desfiladeros habían sido fortificados y solamente podrían forzarse con grandes sacrificios de vidas y con mayor número de tropas que las de que los aliados podían disponer.

Las antipatías nacionales crecían y se desarrollaban, estando las recriminaciones á la orden del día; quejábanse Francia é Inglaterra, de que España no puso junto á su bandera las de esas dos naciones, al tomar posesión de San Juan de Ulúa; Inglaterra y España no estaban conformes en que se hubiese subsanado la omisión colocando Francia la bandera tricolor en el centro de las otras dos, pues quedaban éstas en un lugar inferior. La conducta de todos parecía indicar que empezaban á fastidiarse de la unión y los españoles aparecían ya más disgustados; algunos de sus soldados desertaban en la primera oportunidad y los jefes mantenían rivalidades entre sí, sin cuidar del éxito de la expedición. Gasset, que esperaba ser el segundo del mariscal Serrano, miraba con recelo que viniera el general Prim, y hasta el dinero iba faltando, pues el banco de la Habana, que suministró tres y medio millones de pesos para proveer la escuadra, informó al gobierno español que ya no podía proporcionar más fondos para la expedición. Estas dificultades comenzaron á alarmar á España. La posición de los otros aliados no era menos mala, en cuanto al enemigo formidable que tenían en el clima.

Entonces se aseguraba que Napoleón negociaba con Austria cambiar el trono de México por el Véneto, y un periódico de Hamburgo afirmó que había negociaciones secretas sobre este asunto que se agitaba activamente; pero que el gabinete de Viena había resuelto definitivamente, contestar á la proposición de Francia de tal manera, que sin rechazarla de una manera absoluta, no dejara duda sobre que el gobierno austriaco nunca aceptaría la idea de que cualquiera adquisición por su parte en México, pudiera ser motivo de negociaciones respecto á la cesión del Véneto.

El ejército aliado llegó á tener en tierra diez mil hombres, comprendidos los estados mayores y se dividía de esta manera: españoles seis mil doscientos, franceses dos mil seiscientos diez y únicamente podrían contarse ochocientos ingleses. Entre las escuadras francesa é inglesa se veía flotar el pabellón mexicano. El contingente francés se componía de mil trescientos hombres de infantería de marina, quinientos zuavos, quinientos cazadores de Vincennes, doscientos de artillería de marina, sesenta artilleros de tierra y cincuenta zapadores.

El día 6 se avistó el vapor "Francisco de Asís," á cuyo bordo venía el general Prim, comisario español y comandante en jefe de las fuerzas aliadas, quien entró á Veracruz el día siguiente; para recibirlo mandaron cerrar el comercio, las tropas

formaron valla y veintiún cañonazos anunciaron que desembarcaba el general. Prim montó á caballo y se dirigió al alojamiento que le tenían preparado y desde allí vió desfilar una columna de honor.

Al recibir el conde de Reus la felicitación de los oficiales por su llegada á Veracruz, les contestó que no venía é este país á dominar ni á conquistar, sino á exigir satisfacción de agravios pasados y obtener garantías para el porvenir. Dirigió á los soldados una proclama en idéntico sentido, y llamaba hijos también de España á los que tal vez tendrían que combatir aquí. El nuevo gobernador de Veracruz D. Ramón Menduiña, teniente coronel de caballería, nombrado por el marqués de los Castillejos, expidió otra proclama en la que pedía á los veracruzanos el apoyo eficaz y la cooperación para poder hacer el bien. El general Prim hizo cesar la publicación del periódico "La Crónica del Ejército expedicionario," que reducía su política á insultar á México y á los mexicanos. En la casa donde residía en Veracruz D. Balbino Cortés, cónsul de España sin el *exequátur* del gobierno de México, fué enarbolado el pabellón español. Casi todas las tropas habían salido á fines de Enero para Medellín y Paso del Toro, quedando en la plaza las necesarias únicamente para las guardias de honor; los franceses seguían en la Tejería y los ingleses tenían señalado su cuartel en el Hospicio.

En Santa Cruz de Tenerife, á donde Prim llegó el 1º de Diciembre, á bordo del vapor "Ulloa," había tenido magnífico recibimiento; desembarcó llevando de la mano á su hijo en traje de marinero español, la ciudad estaba engalanada y habían acudido á ella millares de canarios de toda la isla. El casino dió al general y á su señora magnífico baile; en el salón principal había un cuadro representando la batalla de los Castillejos en el momento de decidirla Prim. Al brindar en un banquete dijo que venía á México á proponer la paz, no la guerra; venía á buscar la reparación de injurias; pero también á defender altísimos intereses de raza que era necesario proteger, y á que se estableciera un gobierno, el que quisieran los mexicanos, para que cesara el escándalo del siglo y acabaran las escenas sangrientas y devastadoras que eran la afrenta de la civilización. En Puerto-Rico también fué recibido con solemnidad y demostraciones de cariño.

El general Prim era sin duda uno de los generales más brillantes de los ejércitos europeos; ejercía por lo tanto en España marcada influencia; el pueblo le había visto levantarse en la sangrienta guerra del Pretendiente y entre los compañeros se referían con grande admiración las hazañas, los asaltos y las brillantes cargas del Conde de Reus. En 1848 fué nombrado gobernador y capitán general de Puerto-Rico y los isleños le habían quedado muy agradecidos, por haberlos librado de prohibiciones necias, como la de que los paisanos usaran bigotes. El espíritu liberal que mostró le atrajo un pronto relevo, y más tarde las Cortes españolas le vieron entre las filas de los oposicionistas, hasta que se retiró al campo de los aliados, frente á Sebastopol, donde obtuvo el alto honor de ser considerado jefe de Estado Mayor general.

El carácter del conde de Reus era violento é irrespetuoso, rebelde al freno

de la disciplina, valiente hasta la temeridad é incapaz de tolerar ni la más pequeña contradicción. Son aún populares sus célebres y elocuentes proclamas en idioma catalán; su impetuosidad era un torrente al que ponía el gabinete diques de honras y distinciones. Era afecto al lujo y al esplendor y en sus manos no se detenía jamás el dinero.

La presencia del general Prim en Madrid había llegado á ser un peligro, casi un amago para el gobierno del duque de Tetuán que á toda costa quiso alejar á este rival tan temido. Presentábase la oportunidad en la expedición de México, aunque fuese postergando al general Serrano que se consideraba llamado á dirigirla. Pero el conde de Reus no gustaba de ir á la cabeza de una simple división, y se le ofreció el mando de los tres cuerpos de ejército; este hecho fué negado, sin embargo de haberlo anunciado en las Cortes un amigo del gobierno, y publicado en un pomposo artículo "La Correspondencia," órgano semi-oficial; por esto el general Prim á nadie ocultaba el elevado carácter con que venía investido á México y en tal sentido se le hizo una ovación en Cádiz, paseándole en triunfo por las calles. El haberle sido quitado por Napoleón tal carácter de general en jefe de la expedición, se consideró que había contribuido á la decepción que sufrió Prim, mucho más si se atiende á su altivez y orgullo patriótico.

El general Prim era muy apreciado en México por la defensa que había hecho de nuestro país en el Senado español el año de 1858, en las sesiones de los días 13 y 14 de Diciembre; no solamente combatió la mediación propuesta por Francia é Inglaterra, aceptada por el gobierno español, y criticó el haber sido rechazada la buena disposición del ministro mexicano nombrado *ad hoc* para arreglar las cuestiones pendientes entre México y España, sino que sostuvo que las ofensas recibidas de la primera de esas dos naciones, no eran de tal magnitud que lastimaran el decoro y la dignidad de la segunda.

Demostró que los representantes de España aquí se habían interesado en bonificar créditos introducidos fraudulentamente en la Convención firmada en 1853, por valor de dos millones y medio de duros, y leyó una carta que comprometía al representante Antoine y Zayas. Desde el tratado de 1851 se estipuló que las reclamaciones españolas comprendidas en él, debían tener los requisitos de origen, continuidad y actualidad españolas; pero al procederse á la revisión de los créditos, la legación española admitió muchos que carecían de esas circunstancias, por lo cual fueron rechazados por el ministro mexicano D. Fernando Ramírez, entre ellos uno de más de millón y medio de pesos; después se fueron introduciendo otros créditos con los mismos vicios, ascendiendo el total á más de dos millones de pesos.

Nuevos esfuerzos y el haber dejado el ministerio el Sr. Ramírez hicieron que se admitiesen, convirtiéndose la legación española en agente de uno de los interesados. Por entonces era reemplazado Zayas por el marqués de la Rivera, y se descubrieron los manejos que conmovieron en España la opinión pública; el marqués sostuvo el asunto tal como lo había encontrado, á lo cual se opuso el ministro Bonilla, conservador, y el marqués de la Rivera creyó conveniente suspender las